

## JUAN 3,1-21

### TEXTO

«<sup>3</sup>Pero había **un hombre**, de los fariseos, llamado **Nicodemo**, un gobernante de los judíos.

<sup>2</sup>Éste fue a **él de noche** y **le** dijo: “**Rabbi**, sabemos que [eres] **maestro enviado por Dios**, porque nadie puede hacer **los signos** que **tú** haces si Dios no está con él”.

<sup>3</sup>Respondió **Jesús** y le dijo: “**En verdad, en verdad te digo** que si uno *no ha sido engendrado* de lo alto, **no puede ver el reino de Dios**”.

<sup>4</sup>Le dice a **él Nicodemo**: “¿Cómo puede un hombre *ser engendrado* siendo viejo? ¿Acaso puede entrar en el seno de su madre por segunda vez y [volver a] *ser engendrado*?”.

<sup>5</sup>Respondió **Jesús**: “**En verdad, en verdad te digo**, si uno *no es engendrado* del agua y del espíritu, **no puede entrar en el reino de Dios**. <sup>6</sup>**Lo engendrado** de la carne es carne y lo **engendrado** del espíritu es espíritu. <sup>7</sup>No te sorprendas porque te haya dicho: es necesario que vosotros *seáis engendrados* de lo alto. <sup>8</sup>El espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz pero no sabes de dónde viene ni a dónde conduce; así es todo el **engendrado** del espíritu”.

<sup>9</sup>Respondió **Nicodemo** y **le** dijo: “¿Cómo puede acontecer eso?”.

<sup>10</sup>Respondió **Jesús** y le dijo: “¿Tú eres el maestro de Israel y no conoces esto? <sup>11</sup>**En verdad, en verdad te digo** que hablamos de lo que sabemos y **damos testimonio** de lo que hemos visto; pero no aceptáis **nuestro testimonio**. <sup>12</sup>Si os he hablado de cosas terrenales y **no creéis**, ¿cómo **creeréis** si os hablo de las cosas celestiales? <sup>13</sup>Y nadie ha subido al cielo, sino el que ha bajado del cielo, **el Hijo del hombre**. <sup>14</sup>Y así como Moisés alzó la serpiente en el desierto, así debe ser alzado **el Hijo del hombre**, <sup>15</sup>para que todo **el que crea** en **él** tenga **vida eterna**. <sup>16</sup>Porque Dios amó así al mundo, de modo que dio al **Hijo único**, para que todo **el que crea** en **él** no perezca, sino que tenga **vida eterna**.

<sup>17</sup>Porque no envió Dios al **Hijo** al mundo para **condenar** al mundo, sino para que el mundo **sea salvado** por medio de **él**. <sup>18</sup>**El que cree** en **él** **no es condenado**; pero **el que no cree** ya **está condenado**, porque **no ha creído** en el nombre del **Hijo único de Dios**.

<sup>19</sup>Pero éste es **el juicio**: que **la luz** ha venido al mundo y los hombres amaron más la oscuridad que **la luz**, porque sus obras eran malas. <sup>20</sup>Porque todo el que practica el mal odia **la luz** y no va a **la luz** para que no sean vistas sus obras. <sup>21</sup>Pero el que hace la verdad va **la luz**, para que sea manifiesto que sus obras se han obrado en Dios”».

### COMENTARIO

.- **Introducción (vv. 1-2a)**: El contexto judío para el encuentro entre Jesús y Nicodemo está garantizado por la presencia continuada de Jesús en Jerusalén (cf. 2,13) y la descripción del hombre llamado Nicodemo como «un fariseo y un gobernante de los judíos». Es un nuevo personaje en el relato y se encuentra con Jesús «por la noche». La Palabra es «vida y luz» (1,4), y la luz estaba llegando al mundo (1,9). La luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la sofoca (1,5). El movimiento de Nicodemo, un dirigente de «los judíos», hacia Jesús, viniendo de la tiniebla de la noche hasta la luz, es un movimiento significativo hacia la fe y la aceptación del que es enviado para dar a conocer a Dios (cf. 1,11-14).

.- **El diálogo entre Jesús y Nicodemo (vv. 2b-12)**: Sin embargo, las palabras que Nicodemo le dirige indican que este movimiento hacia Jesús es comparable al de tantos otros que, en

Jerusalén, se acercaron a él y creyeron en su nombre por los signos que había hecho (2,23-25): «Rabbí, sabemos que eres un maestro enviado por Dios, pues nadie puede realizar los signos que tú haces si Dios no está con él» (3,2b). Casi todos los elementos de la intervención de Nicodemo se encuentran en una confesión anterior y parcial de fe en Jesús. Los primeros discípulos llamaron a Jesús «Rabbí» (1,38), y tras un breve tiempo junto a él llegaron a decir, con toda seguridad, «hemos encontrado» (1,41.45). Natanael creyó que era Rabbí, Hijo de Dios y Rey de Israel, apoyándose en el conocimiento milagroso de Jesús (1,49), y muchos de los que estaban en Jerusalén se acercaron a él por los signos que hacía (2,23). *Nicodemo se une a estos primeros y débiles creyentes en Jesús*, aunque va más allá de éstos al aceptar que Jesús es un maestro enviado por Dios y que los signos que hacía indicaban que Dios estaba con él, todo un reconocimiento de la dignidad que estaba reservada para las grandes figuras de Israel (cf. Ex 3,12 [Moisés]; Jr 1,18 [Jeremías]).

No obstante lo parcial que fuera la primera respuesta de Nicodemo a Jesús, con ella se produce un progreso desde la manifiesta hostilidad que «los judíos» mostraron a Jesús al rechazar su palabra (2,18-20). No hay conflicto ni rechazo por parte de este dirigente de «los judíos», sino solamente un acercamiento a Jesús que no puede ir más allá de los límites de las «definiciones» que él conoce con bastante exactitud. El intercambio que sigue se desarrolla a partir de la comprensión limitada -pero positiva- que Nicodemo tiene de Jesús.

- Jesús intenta construir a partir de esta comprensión limitada. Sin explicación alguna, afirma: «Si uno no ha sido engendrado de lo alto, no puede ver el reino de Dios» (v. 3). Jesús juega con el doble significado de *anóthen* (= de lo alto / de nuevo) en su exigencia de renacimiento para que una persona pudiera «ver» el reino de Dios. Israel estaba familiarizado con la idea de que Dios era rey, pero la exigencia de Jesús, es decir, la necesidad de nacer de nuevo/de lo alto para ver el reino de Dios, desafía a Nicodemo para que amplíe su concepción de lo que ese reino podría ser. Se acercó a Jesús como Rabbí, hacedor de milagros y maestro (v. 2), pero se encuentra confrontado con una afirmación que va más lejos de su comprensión. Se repliega, entonces, sobre lo ya sabido y hace una pregunta en la que muestra que no ha captado el significado completo de los dos posibles sentidos de *anóthen* ni tampoco es capaz de salir fuera del mundo que controla y comprende: «¿Cómo puede un hombre ser engendrado siendo viejo? ¿Acaso puede entrar en el seno de su madre por segunda vez y [volver a] ser engendrado?» (v. 4). Jesús ha utilizado una palabra (*anóthen*) que tiene dos significados. Uno se apoya en un eje temporal-horizontal («de nuevo») y otro en un eje espacial-vertical («de lo alto»). Sólo si damos a *anóthen* los dos sentidos podemos entender las primeras palabras que Jesús dirige a Nicodemo sobre su enfoque inicial (v. 3). Sólo podemos ver el reino de Dios como consecuencia de una experiencia que combina tanto lo horizontal como lo vertical, pero Nicodemo elimina el sentido «de lo alto» al utilizar una palabra (*deuteron*) que sólo tiene un significado temporal: «una segunda vez» (v. 4). Las palabras que Jesús dirige a Nicodemo exigen un nacimiento que combina tanto la experiencia horizontal del tiempo como la experiencia vertical de la irrupción de Dios «desde lo alto». La respuesta de Nicodemo se limita a lo horizontal, es decir, a la experiencia de un «segundo» nacimiento físico del seno materno, lo que es claramente imposible.

- El «malentendido» de Nicodemo permite que Jesús avance en su explicación (v. 5). Repite el contenido del v. 3, sustituyendo *anóthen* con expresiones que explican lo que se entiende por «de nuevo» (del agua) y «de lo alto» (del Espíritu). También desarrolla su palabra sobre la «visión» del reino de Dios con el tema de la «entrada» en el reino (v. 5). Para entrar en el reino de Dios se requiere una experiencia humana «de agua» y una experiencia espiritual «del Espíritu». Para la visión y la entrada en el reino es esencial un don que procede «de lo alto». Esto concuerda con todo lo que se ha dicho hasta el momento; creer en Jesús no es el

resultado de una respuesta humana. El nacimiento a una nueva situación, en la que los creyentes llegan a ser los hijos de Dios como consecuencia de la iniciativa divina, se ha anunciado ya en el prólogo como resultado de creer en y recibir a Jesús (1,12-13). Pero también se da una experiencia histórica, un renacimiento «del agua» relacionado con el don del Espíritu. En 1,29.34, el Bautista decía que su bautismo era «con agua» (2,31). El Bautista daba testimonio de uno que se encontraba entre ellos, a quien no conocían, que bautizaría «con el Espíritu Santo» (1,33). El renacimiento de lo alto está así caracterizado por la continuidad del ritual de un bautismo «de agua», que se perfecciona posteriormente con el bautismo del Espíritu traído por Jesús. Nicodemo, que no ha leído ni tampoco ha escuchado el testimonio que el Bautista ha dado de Jesús, tiene que luchar por el momento con el significado de las palabras de Jesús. Está desconcertado, pero las promesas del prólogo y las profecías de Juan Bautista se están cumpliendo en estas palabras.

.- Ver y entrar en el reino de Dios son las consecuencias de un ritual de agua que acompaña al don del Espíritu. La imagen del «reino de Dios» es, fundamentalmente, escatológica. Este lenguaje escatológico se ha adaptado para que se corresponda con la comprensión que el cuarto evangelio tiene de *una escatología realizada* de la experiencia cristiana. El reino de Dios se refiere a una comunidad de creyentes, a un grupo de cristianos que profesan e intentan vivir la comprensión joánica de Jesús. El resultado de un don de lo alto, del Espíritu, naciendo de nuevo, «del agua», capacitaba para ver y entrar en el reino de Dios. Desde sus comienzos, el don del Espíritu «desde lo alto», que hizo posible este paso, se acompañó con un ritual de renacimiento solemnizado mediante un bautismo de agua (vv. 3.5).

.- Jesús hace un comentario sobre la incapacidad de Nicodemo para captar su enseñanza (v. 6). Nacer de la carne significa contentarse con lo que uno puede observar y controlar. Vivir en la «carne» significa hacer juicios sobre la base de lo que uno puede sentir (cf. 7,24; 8,15). El nacimiento en el Espíritu conduce a un modo diferente de ver y comprender, pero Jesús se vuelve directamente hacia Nicodemo alentándole a que no se sorprenda de sus palabras (v. 7) sobre que el renacimiento acontece mediante un don «de lo alto» (*anothen*). El malentendido debería terminar; por ello, para guiar a Nicodemo, Jesús recurre a una breve parábola sobre «el viento/el Espíritu» (v. 8). La misma palabra griega (*pneuma*) puede utilizarse tanto en sentido de «el viento» como con el significado de «el Espíritu». Jugando con ella, Jesús inicia una reflexión sobre la experiencia cotidiana del «viento». El viento (*pneuma*) es un misterio; podemos experimentarlo; forma parte de la vida. Pero nadie puede afirmar que haya descubierto y explicado de dónde viene y a dónde va. Sobre la base de esta verdad observable sobre el viento (*pneuma*), Jesús afirma que también sucede lo mismo a quienes nacen del Espíritu (*pneuma*). Nicodemo podría superar su respuesta limitada si reconociera que es convocado al ámbito de Dios, donde quienes nacen del Espíritu tienen su origen y destino en el misterio de Dios.

.- Nicodemo sigue perplejo. No responde a la enseñanza de Jesús con la negación o el rechazo. Sin embargo, su confesión estupefacta refleja su incapacidad para salir de sus propias categorías y adentrarse en la vida misteriosa en el Espíritu que Jesús le ofrece; «¿Cómo puede ser esto?» (v. 9). En su respuesta se percibe debilidad y Jesús le reprende recordándole que es «un maestro de Israel» (v. 10a). Tenía que haber sido capaz de captar algún significado en la enseñanza de Jesús. La idea de una vida «en el Espíritu» que trasciende el espíritu y la comprensión humana no era nueva en Israel. Formaba parte de su tradición religiosa (cf. Ex 15,8; Is 40,7; 44,3; 59,21; Ez 11,19-20; 36,26-27; Jl 28,29; Job 34,14; Sal 18,15; 51,10; Sab 9,16-18); Jesús se referirá brevemente a esta enseñanza como «cosas terrenas» (v. 12).

.- **El pasaje puente (vv. 11-12):** Jesús responde a Nicodemo con un discurso realizado por una persona en singular a un solo oyente, pero, inmediatamente, se multiplican tanto los que hablan como quienes escuchan: «Hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto; pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio». Jesús y un representante del judaísmo han compartido una discusión, pero ahora percibimos la presencia de dos grupos más amplios: la comunidad de Jesús se dirige a Israel. Jesús hace un comentario sobre lo acontecido hasta este momento (v. 11). Las respuestas de Nicodemo en el desarrollo de la discusión han mostrado que es incapaz de aceptar la voz autorizada de Jesús (cf. vv. 2.4.9). Jesús habla de lo que conoce y Nicodemo es incapaz de aceptar estas verdades. No obstante, aunque dirigidas inicialmente a Nicodemo, estas palabras proceden ahora de un Jesús-comunidad que proclama las palabras de Jesús al mundo de «los judíos», que no las aceptarán. Si Nicodemo, que es un dirigente de los judíos y un maestro de Israel, es incapaz de creer en estas cosas, cuanto más difícil será que «los judíos» crean en la revelación posterior de Jesús de «las cosas celestiales» (v. 12b). Sin embargo, Jesús no se desalienta. Ha compartido la riqueza de las cosas de la tierra con Nicodemo en los vv. 1-10; ahora comenzará a hablar de las del cielo en los vv. 13-21. Los vv. 11-12 no pretenden tanto mostrar que el judaísmo es erróneo, sino, más bien, decir a quienes podrían sentirse satisfechos acomodándose a las tradiciones religiosas de Israel (las cosas terrenales) que la salvación requería algo más (las cosas celestiales). Hay algo nuevo que es posible por la revelación que procede de lo alto. Lo que sigue es una síntesis del mensaje del evangelio sobre Jesús como el «revelador celestial» (vv. 13-15) y la salvación o condenación consiguientes que surgen de la aceptación o el rechazo de esta revelación (vv. 16-21).

.- **La revelación de las cosas celestiales (vv. 13-15):** Jesús afirma el carácter único de la revelación del Hijo del hombre mediante una fuerte negación de que los grandes reveladores de Israel hubieran estado en el cielo, viendo los secretos celestiales, y hubieran regresado para revelarlas. Nadie ha subido jamás a los cielos (v. 13a). Solamente existe uno que puede revelar con plena autoridad las cosas celestiales: el Hijo del hombre que ha bajado del cielo (v. 13b). Éste es el fundamento de las palabras que anteriormente había dirigido a Nicodemo. Jesús conoce lo que está diciendo y ha visto aquello sobre lo que da testimonio (v. 11). Jesús proclama lo que ya se había dicho en el prólogo: «Nadie ha visto nunca a Dios; el Hijo único, que está vuelto hacia el Padre, lo ha dado a conocer» (1,18). Sólo Jesús, la palabra hecha carne (1,14), el Hijo de Dios (1,18), el Hijo del hombre (1,51; 3,13), revela las cosas celestiales. Pero ¿cómo acontecerá esta revelación? Unidos mediante la utilización de la expresión «el Hijo del hombre», los vv. 13-14 se encuentran íntimamente vinculados. Mientras que el v. 13 afirma que Jesús es el único revelador de Dios, el v. 14 cuenta cómo tendrá lugar esta revelación. Así como Moisés levantó la serpiente sobre un poste, de igual modo tiene que ser levantado el Hijo del hombre. Como un pueblo en éxodo, que sufre por su pecado, miró fijamente a la serpiente levantada para recuperar la salud (cf. Nm 21,8-9), así vendrá la vida eterna a aquel que crea al mirar al Hijo del hombre elevado (v. 15). Vuelve así a expresarse *uno de los temas centrales del evangelio*: los maravillosos dones que Dios había hecho al pueblo elegido, Israel, son llevados a la perfección por el don del Hijo (cf. 1,17). Aparece por primera vez (cf. 8,28; 12,32) el verbo «elevar, alzar» que tiene también un doble sentido. Se refiere al mismo tiempo tanto al levantamiento físico, tal como hizo Moisés con la serpiente sobre el palo, como a la exaltación. Ahora se indica el modo en que Jesús morirá (cf. 12,33; 18,32): será «elevado». La primera utilización de este verbo de doble significado indica que la crucifixión de Jesús será también su exaltación. También se ha abordado otro mensaje central del cuarto evangelio: Jesús es la revelación de Dios (v. 13), y esta revelación alcanzará su punto álgido en el «levantamiento/exaltación» de Jesús sobre una cruz (v. 14). Creer en esta revelación trae

consigo la vida eterna (v. 15). La introducción de la promesa de la vida eterna (v. 15) conduce al desarrollo del tema de la salvación en los vv. 16-21.

.- **Salvación y condenación (vv. 16-21):** En los vv. 16-17 emerge otro de los importantes temas de este evangelio. El amor salvífico de Dios se encuentra tras el misterio del «levantamiento» del Hijo, que es «enviado» para traer la posibilidad de la vida eterna y la salvación del mundo. El mensaje de los vv. 13-15 persiste al indicar Jesús la inmensidad del don amoroso que Dios ha hecho del Hijo para la vida del mundo. El Hijo fue enviado para salvar al mundo, no para juzgarlo. A pesar del fuerte contexto judío del encuentro con Nicodemo que precedió a este breve discurso, en las palabras de Jesús aparece *un elemento de carácter universal*. «Tanto amó Dios al mundo» (v. 16); «Dios envió al Hijo al mundo» (v. 17). Esto nos recuerda la promesa del prólogo (cf. 1,12-13) y nos prepara para el relato, que será introducido en breve, dedicado a los encuentros con los samaritanos y con un gentil (4,1-54). Pero el don amoroso del Hijo para la salvación del mundo suscita la cuestión del juicio. A pesar del don que Dios hace del Hijo para la salvación -y no para la condena- del mundo (vv. 16-17), tiene lugar un juicio. Este procede de la aceptación o rechazo de la revelación única de Dios que acontece en el Hijo. Regresa el vocabulario del prólogo al hablar Jesús de la «vida», la «luz» y las «tinieblas» (vv. 18-21; cf. 1,4-8). La fe conduce a la liberación de la condenación y a la vida, pero su rechazo produce condenación y muerte (v. 18). Ni el Hijo ni el Padre actúan como jueces. El rechazo a creer trae consigo la propia condenación, que se muestra en las malas acciones y en la presencia de las tinieblas (vv. 18-19). Ahora es el tiempo del juicio, es decir, el momento en el que el creyente se encuentra ante la revelación del Padre en el Hijo. La escatología joánica realizada subraya la importancia de la respuesta del creyente, no la acción soberana de Dios.

.- El discurso de Jesús concluye con unas palabras sobre las situaciones del creyente y el no creyente que surgen de una antigua preparación para aceptar o rechazar la revelación de Dios (vv. 20-21). Obrar el mal resulta de amar y optar por las tinieblas, de ocultar la propia ambigüedad en la oscuridad (v. 20), así como una vida de obras buenas hace que uno llegue a la luz. No se trata de que uno viva en la luz, disfrutando de la beatitud de esta situación. Para involucrarse más profundamente en la luz y formar parte de la revelación progresiva de esa luz, se requiere *un compromiso permanente expresado en las buenas obras*: «para que se vea que todo lo que él hace está inspirado por Dios» (v. 21b).